

## TRABAJO CONTEMPLATIVO Y MOMENTO ESTÉTICO EN LAS ENSEÑANZAS DE SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ. UNA APROXIMACIÓN

RAFAEL HERNÁNDEZ URIGÜEN

Facultad de Teología. Universidad de Navarra (Pamplona)

Siempre he pensado que en las enseñanzas de san Josemaría Escrivá aparecen pistas luminosas para superar viejas aporías aceptadas pacíficamente durante siglos como definitivas e insuperables.

Con este escrito, pretendo aportar algunas salidas a las tradicionales contraposiciones contemplación-acción, gestión del mundo presente y aplazamiento de la auténtica belleza y felicidad hasta el *eskatón* definitivo. La *gramática* disyuntiva que tanto desertizó el pensamiento teológico y filosófico de la modernidad, reclama una actitud conjunta, armónica y no excluyente de los ritmos antropológicos –ocio y estética– que junto al intenso mundo laboral protagonizan ya este siglo XXI.

¿Sigue siendo el fin *lo último* en la ejecución y *lo primero* en la intención? Si es así el fin configura los distintos pasos que el sujeto dé a lo largo de su transcurso temporal hasta obtenerlo. La causa final conforma a las otras en la más tradicional apreciación metafísica. Por lo tanto, si la Gloria final es hacia donde toda la creación tiende, por su índole de *telos* ha de influir de algún modo en el mundo presente. Si además esa causa final consiste en definitiva en la comunión trinitaria de Personas, la relación actual del *homo viator* con ella ha de expresarse en el ámbito de lo dialógico.

Veamos cómo una estética escatológica verdaderamente contemplativa pueda presenciarizarse en el *homo viator*, *faber*, *oeconomicus*, *technicus*, *politicus*, *cyberneticus*, etc., inspirando su esperanzada acción histórica, desde la doctrina de san Josemaría Escrivá.

Cuando hablo de una *estética escatológica* me refiero a los influjos del mundo futuro glorificado en la realidad presente con la posibilidad de descubrir algunos de esos destellos de la definitiva *Gloria Dei* ya en sus criaturas. Esto es, en la belleza de las realidades temporales ha de reflejarse de algún modo la futura armonía definitiva de esos *nuevos*

*cielos y esa nueva tierra*<sup>1</sup> anunciados en la Revelación. Aunque la imagen de este mundo pase y en cierto modo *sic transit gloria mundi*, esa gloria tiene su origen en la *Gloria Dei* y no ha de reducirse a los señuelos del sometimiento a la *vanitas*. Pasa la imagen de «este mundo» (en el sentido peyorativo que la Escritura atribuye a la creación sometida a la *vanidad* o mentira). Pero no pasa la gloria de Dios, de la que la creación ofrece notas, colores, sonidos y armonías para que el hombre recapitule en sinfonía cotidiana el proyecto que el Señor le ha confiado culminar. *Sic transit gloria mundi, sed sic manet et fulget Gloria Dei*. El optimismo cristiano que nace de una afirmación incondicional de la bondad de la creación ha de atreverse a sostener que es posible recrearse en esa belleza participadora del trascendental *Pulchrum* al que se llega desde la percepción de todo lo creado como Cosmos y de su definitiva armonía por la acción del Verbo que restituye su original sentido y lo resitúa definitivamente en la Gloria por su redención recapituladora.

Ese recrearse en la belleza de lo creado ha de ser posible para el *homo viator* mientras camina, trabaja, lucha y sufre por *gestionar* este mundo presente al objeto de convertirlo en espacio habitable donde pueda asentarse el Amor ya en la historia. Tal asentamiento del Amor, transforma los espacios en ámbitos de encuentros personales con Dios y con los hombres y mujeres. Amor y caridad en la verdad<sup>2</sup> de un diálogo constante con la naturaleza creada permiten admirarse ante los innumerables destellos de belleza que transen este mundo, verdadero don de Dios para la humanidad, para cada persona. Contemplar esos destellos y atreverse a realizarlos en el laborar diario es, en cierto modo, tarea artística encomendada por Dios Padre a sus hijas e hijos.

Para ello y antes de leer los textos de san Josemaría, comencemos por aclarar un malentendido, apoyándonos sintéticamente en Joseph Ratzinger.

#### *Una nueva interpretación de las contraposiciones entre Marta y María desde Joseph Ratzinger*

Para comprender de algún modo el avance que suponga evitar las aporías entre vida contemplativa y activa, y antes de referirnos a Ratzinger detengámonos en lo que se entiende habitualmente por contemplación en el ámbito de la teología espiritual cristiana.

El profesor Illanes ha sintetizado así el *status quaestionis*: «La palabra “contemplación” y la expresión “vida contemplativa” se cuentan, sin

1. Cf. Is 65, 17; 66, 22; 2 Pe 3, 13; Ap 21, 18.

2. Cf. Ef 4, 7-16.

duda alguna, entre las más usadas, desde hace siglos, por el vocabulario de la teología espiritual, y han sido objeto de interpretaciones diversas. Para algunos, hacen referencia a un conocimiento experimental, intuitivo y directo de la presencia de Dios, acompañado, en ocasiones por éxtasis o fenómenos psicológicamente extraordinarios; para otros, a un sentido vivo, profundo y afectivo de la presencia de Dios, fruto del desarrollo de la fe, sin percepciones ni sensaciones especiales, pero con profundas resonancias existenciales; para unos implica, en quien la vive, una actitud puramente pasiva; para otros no excluye una preparación y una acción por parte del hombre»<sup>3</sup>.

Avanzando por esta línea, pienso que el estudio de Joseph Ratzinger sobre la doctrina agustiniana acerca de Marta y María y su influencia en la espiritualidad monástica y religiosa en general desde santo Tomás de Aquino ha aclarado bastantes malentendidos y recuerda la posibilidad y el hecho de actuar contemplando y contemplar actuando.

Es sabido que santo Tomás de Aquino fue quien estableció las bases teológicas que priman la contemplación (representada por María de Betania) sobre la acción (encarnada por su hermana Marta). El Aquinate basó sus reflexiones en textos de san Agustín: «Per Mariam autem significatur vita contemplativa. Ergo contemplativa vita potior est quam activa»<sup>4</sup>. Como santo Tomás se apoyaba en las palabras de san Agustín, Ratzinger analizó los textos del de Hipona<sup>5</sup>, y concluyó que la hermenéutica que fundamentaba en estas dos mujeres los dos estados de vida nace de una lectura muy particular hecha desde san Gregorio Magno (el monje llamado a ser Papa) y san Isidoro de Sevilla. Según Ratzinger esta interpretación influirá decisivamente en la Edad Media, será recogida por santo Tomás y marcará después toda la espiritualidad cristiana, especialmente desde la reforma tridentina.

Así concluye el cardenal alemán su investigación: «La Edad Media sacó evidentemente su concepción de Gregorio y de Isidoro, pero no de Agustín. De éste cita los textos que relacionan a María con la contemplación y a Marta con la acción, pero pasa por alto la idea final en que viene a parar todo en Agustín: en Marta y María se figuran la vida presente y la futura y no simplemente dos formas de vida en este mundo. Dicho con más precisión, se tomaron de Agustín los textos pero no su pensamiento»<sup>6</sup>.

3. ILLANES, J.L., *La santificación del trabajo. El trabajo en la historia de la espiritualidad*, Palabra, Madrid 2001, p. 130; Cfr. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, SAN, *Amigos de Dios*, Rialp, Madrid, n. 308.

4. TOMÁS DE AQUINO, SANTO, *Summa theologica*, II-II, q. 182, a. 1. En las cuestiones siguientes, Santo Tomás desarrolla su teología acerca de los *estados* que después recogerá la espiritualidad cristiana: Cfr. qq. 184, 185, y 186.

5. Cfr. RATZINGER, J., *El nuevo Pueblo de Dios*, Herder, Barcelona 1972, pp. 31-41.

6. *Ibíd.*, p. 42.

Considero esta conclusión una auténtica bocanada de oxígeno para los planteamientos existenciales en general y para la espiritualidad católica, pues contribuye a deshacer el viejo equívoco de las contraposiciones y de una preeminencia casi exclusivista del estado religioso (o *consagrado*) en las perspectivas de la santidad cristiana. Quizá sea interesante también estudiar su impacto en la historia de la filosofía.

Antes de Ratzinger, Josemaría Escrivá refiriéndose a lo que denominaba *unidad de vida* para todos los cristianos, especialmente para los que se han de santificar con su trabajo profesional, había escrito: «Es esa unidad la que lleva a que, siendo dos las manos, se unan en la oración y en el trabajo. Trabajo que al ser Opus Dei, es también oración: por eso no podemos decir que un hombre que viva el espíritu del Opus Dei es activo o contemplativo; porque la acción es contemplación y la contemplación es acción, en unidad de vida»<sup>7</sup>.

Illanes ha recordado también que san Josemaría, evitó siempre excesivas distinciones al referirse al fenómeno de la contemplación y especialmente obviaba las tradicionales fronteras entre la ascética y la mística durante los procesos del progresar contemplativo<sup>8</sup>. Si además, consideramos que el *Catecismo de la Iglesia Católica* propone la contemplación como meta del arte de orar hacia el que se dirigen las oraciones vocales y la meditación<sup>9</sup>, disponemos del bagaje doctrinal idóneo en nuestros días para alentar a los cristianos corrientes a ser contemplativos. Podemos, sin miedo, popularizar una meta o grado espiritual que durante siglos se había reservado solamente a algunos privilegiados.

Si junto a los planteamientos anteriores, llegásemos a articular teológicamente la influencia que el *status gloriae* pueda tener en el *status viae*, también en su dimensión estética, pienso que se abrirían insospechados horizontes para superar las dramáticas dicotomías que han roto demasiadas veces la unidad de vida en el existir cristiano. Esta perspectiva puede inspirar un desarrollo enriquecedor para la antropología.

Alvira ha sintetizado la dificultad real que plantea fundir en un solo plano trabajo y contemplación así:

«Llamo contemplación a la actividad *integrada* y que tiene el fin en sí. El trabajo nace de la *distancia*. Si la actividad es ya final, actividad “en el reposo”, no hay trabajo. Por eso mismo, el trabajo tiene que ver directamente con el *tiempo*, pues la *distancia*, desde el punto de vista de la actividad, no la mide el espacio, sino el tiempo. Hay que observar

7. Cit. en BELDA PLANS, M., «Contemplativos en medio del mundo», *Romana* 27 (1998), p. 336, pie de página.

8. Cfr. ILLANES, J.L., *La santificación del trabajo. El trabajo en la historia de la espiritualidad*, cit., p. 130.

9. Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, nn. 2700-2719.

que a las actividades que no son trabajo no las mide *esencialmente* el tiempo. Yo puedo estar viendo algo mucho rato, pero el *ver* en sí no exige ningún tiempo para constituirse: no hay un paso gradual o continuo del no ver al ver. Puedo decir “veo poco”, pero no puedo decir que estoy realizando una actividad que sea “medio ver”. Esto significa que a este tipo de actividades las mide la eternidad y no el tiempo»<sup>10</sup>. Rafael Alvira concluye que si en el hombre todo fuera distancia y tiempo, la esencia del hombre se reduciría a trabajador, en el sentido materialista del término, concepción antropológica básica para el marxismo.

Me gustaría adelantar, que desde el pensamiento teológico, y concretamente por la agudeza del magisterio de Juan Pablo II, la antropología cristiana puede enriquecer su reflexión sobre el tiempo a partir del misterio de la encarnación del Verbo:

«En realidad el tiempo se ha cumplido por el hecho mismo de que Dios, con la Encarnación, se ha introducido en la historia del hombre. La eternidad ha entrado en el tiempo.

(...) Gracias a la venida de Dios a la tierra, el tiempo humano, iniciado en la creación, ha alcanzado su plenitud. En efecto, “la plenitud de los tiempos” es sólo la eternidad, mejor aún, Aquel que es eterno, es decir Dios. Entrar en la “plenitud de los tiempos” significa, por lo tanto, alcanzar el término del tiempo y salir de sus confines, para encontrar su cumplimiento en la eternidad de Dios.(...). En Jesucristo, Verbo encarnado, el tiempo llega a ser una dimensión de Dios, que en sí mismo es eterno. Con la venida de Cristo se inician los “últimos tiempos” (cfr. Hb 1, 2), la “última hora” (cfr. 1 Jn 2, 18), se inicia el tiempo de la Iglesia que durará hasta la Parusía»<sup>11</sup>.

Si fuera posible compartir ya en esta vida con el Verbo tal transformación del tiempo, éste llegaría a adquirir entonces una dimensión antropológica novedosa y superadora de las dicotomías clásicas. Pienso que conviene intentarlo, máxime si la antropología decide de una vez por todas enriquecerse con la inefable realidad de la gracia, esto es, con lo genuinamente cristiano.

Hace años propuse una vía de solución cuando reflexionaba sobre lo lúdico y su puesto en la teología<sup>12</sup>. Allí recogí las reflexiones de Ricardo Yepes y José Pedro Manglano.

10. ALVIRA, R., «¿Qué significa trabajo?», en VV.AA., *Estudios sobre la encíclica Laborem exercens*, BAC, Madrid, 1987, p. 186.

11. JUAN PABLO II, *Tertio Millennio adveniente*, nn. 9-10.

12. Cfr. HERNÁNDEZ URIGÜEN, R., «Hijos en el Hijo hacia la Casa del Padre. Aproximación a lo lúdico como categoría teológica», en VV.AA., *El Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo*, Actas del XX Simposio Internacional de Teología, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, Pamplona 2000, pp. 456-457.

Recordé entonces que Yepes, hablando del juego y el trabajo, al señalar las *alternancias* como ritmo antropológico significativo en la existencia humana, cedía, a mi entender, para otros la fascinante tarea de integrar el trabajo en su dimensión lúdica, aunque apuntaba ya una idea que ayuda a esbozar las consecuencias de un trabajo contemplativo señalado por diversos autores<sup>13</sup>.

Antes de Ricardo Yepes, José Pedro Manglano planteó los fundamentos filosóficos de un trabajo contemplativo<sup>14</sup>, a partir de la noción de *coaptatio*, expuesta por santo Tomás: «Toda pasión del alma presupone el amor, por cuanto toda pasión implica movimiento hacia una cosa o descanso en ella; y todo movimiento hacia una cosa o el descanso en su posesión se basa en cierta connaturalidad o proporción (*coaptatione*), que pertenece a la esencia del amor»<sup>15</sup>. Manglano se preguntaba: «¿Qué se ama al trabajar, si se trabaja respetando la naturaleza de las cosas –del trabajador y del trabajo–? Se ama a un ser personal –Dios o personas– que me transforma (*coaptatio*) y es forma (principio de operaciones) de mi actuar, amor que informa toda la actividad del amante y por el que se hace presente el amado en las elecciones del amante»<sup>16</sup>.

La presencia conformante del Amado, en este caso Dios, permite que el mismo trabajo pueda transirse de la alegría lúdica, y comience a desarrollarse de algún modo por encima del desgastador tiempo *chronos*, para participar en cierto sentido de la plenitud de la eternidad como *aevum*, y *kairós*, pues desde una perspectiva trinitaria, la presencia del Padre recuerda al Hijo su cometido en la historia manifestándole su Voluntad<sup>17</sup>, y el Hijo, gustoso de cumplirla henchido de gozo por la inspiración del Espíritu Santo, puede exclamar «Mi alimento es

13. Cfr. YEPES, R., *La región de lo lúdico. Reflexión sobre el fin y la forma del juego*, en Cuadernos de Anuario Filosófico 30, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 1996, p. 40.

14. MANGLANO, J.P., «Análisis antropológico del trabajo contemplativo», en *Excerpta e dissertationibus in Philosophia I* (1991), Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, Pamplona 1991.

15. TOMÁS DE AQUINO, SANTO, *Summa theologiae*, I-II, q. 27, a. 4 c.

16. MANGLANO, J.P., «Análisis antropológico del trabajo contemplativo», en *Excerpta e dissertationibus in Philosophia I* (1991), Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, Pamplona 1991, p. 483. Manglano recoge más adelante el siguiente texto que completa metafísicamente lo anterior: «Cuando de dos cosas una es la razón de la otra, la ocupación del alma en una no impide ni disminuye la ocupación de la otra (...) Y como Dios es aprehendido por los santos como la razón de todo cuanto hacen o conocen, su ocupación en percibir las cosas sensibles o en contemplar o hacer cualquier otra cosa, en nada les impide la divina contemplación, ni viceversa» (TOMÁS DE AQUINO, SANTO, *Summa theologiae*, Suppl, q. 82, a.3, ad 4., citado por Manglano en *ibíd.*, pp. 494-495).

17. Cfr. LÓPEZ QUINTÁS, A., *Estética de la creatividad*, Rialp, Madrid, 1998, pp. 144-145.

hacer la voluntad del que me ha enviado y llevar a cabo su obra»<sup>18</sup>. Este gozo es experimentable por cualquiera que afronte su trabajo asociándose a la Misión del Hijo. Pienso que la propuesta teológica que esboqué en mi escrito, encuentra base suficiente en las tesis que Manglano ofreció desde el ámbito de la filosofía para definir el trabajo contemplativo<sup>19</sup>.

Añadí en aquella ocasión, que aunque la alternancia trabajo-juego, acentuada oportunamente por Yepes y la tradición, deba mantenerse como herramienta analítica para definir la seriedad de ambas realidades (si todo fuera trabajo, nada sería verdaderamente trabajo, y si todo es juego lo lúdico se esfumaría), quizá haya llegado ya el momento de desarrollar sus intuiciones acerca del trabajo contemplativo y el juego, desde la perspectiva filial de los que no son esclavos, sino hijos, y trabajan con alegría en el campo del Padre<sup>20</sup> liberados y elevados por la gracia. El gozo del juego es experimentable entonces por quien realiza su tarea laboral como *trabajo gustoso*<sup>21</sup>.

En resumen, me atreví a proponer: «... lo lúdico como radical de la estructura antropológica presente en la finalización del hombre, está inseparablemente unido a su desarrollo natural en todas sus facetas, anticipa su fin último presencializando la alegría de la contemplación de Dios, y configura todas sus operaciones dotándolas de un gozo no absoluto mientras se encuentra *in via*, relativizando así los obstáculos y dificultades consecuencia de la naturaleza caída»<sup>22</sup>. Como los pensamientos anteriores tienen su inspiración fundamental en una doctrina que fue vida para el Fundador de Opus Dei, centremos ahora nuestras reflexiones refiriéndonos a él y a los modos prácticos como promovió esta contemplación inseparablemente unida al trabajo<sup>23</sup>. Adelantemos que para Escrivá el trabajo *genera* contemplación y la contemplación conforma amorosa y perfectamente la acción. La armonía del existir humano comprende indisolublemente estas dos dimensiones en una dinámica superadora de la mera alternancia: *contemplo porque trabajo; y trabajo porque contemplo*<sup>24</sup>.

18. Jn 4, 34.

19. MANGLANO, J.P., «Análisis antropológico del trabajo contemplativo», cit., p. 505.

20. «Alzad vuestros ojos y ved los campos que blanquean ya para la siega» (Jn 4, 35-36). «La mies es mucha y los obreros pocos» (Mt 9, 37-38 y Lc 10, 2). Cfr. también: Mt, 20, 1-16; Mt 21-28-32 (Parábola de los dos hijos enviados a la viña por su padre).

21. Cfr. JIMÉNEZ, J.R., *El trabajo gustoso*, Aguilar, Méjico 1961.

22. HERNÁNDEZ URIGÜEN, R., «Hijos en el Hijo hacia la Casa del Padre. Aproximación a lo lúdico como categoría teológica», cit., p. 457.

23. Cfr. RODRÍGUEZ, P., *Vocación, trabajo, contemplación*, EUNSA, Pamplona 1986, p. 121.

24. Citado en BELDA PLANS, M., «Contemplativos en medio del mundo», cit., p. 337.

Álvaro del Portillo, nuestro segundo Gran Canciller, sintetizó estas profundas intuiciones de san Josemaría propugnando ante el pragmatismo contemporáneo la urgente necesidad de hombres y mujeres: «... verdaderos contemplativos, que poseen una pasión lucidísima e infatigable; divinizar y transfigurar en Cristo y con Cristo toda realidad creada. No es paradójico, por tanto, afirmar que sólo la mística resulta verdaderamente práctica en la Iglesia de Jesús»<sup>25</sup>.

*El materialismo cristiano en san Josemaría y su reto:  
contemplativos en medio del mundo*

Se proclamó el Decreto de virtudes heroicas sobre el Siervo de Dios Josemaría Escrivá de Balaguer, el texto lo definía con una sugestiva expresión: *contemplativo itinerante*<sup>26</sup>. El reconocimiento pontificio corroboraba que la doctrina predicada por el actual santo, que propuso ser *contemplativos en medio del mundo*, constituyó simultáneamente realidad encarnada habitualmente en su vida.

En otra publicación<sup>27</sup>, hemos mencionado el papel del Fundador del Opus Dei para recuperar la justa valoración de la materia en la espiritualidad cristiana y sus sugestivas advertencias frente a la *desencarnación*<sup>28</sup>. Conviene añadir que ese universo material era visto por el santo como el *lugar* del encuentro con Jesucristo: «Un hombre sabedor de que el mundo –y no sólo el templo– es el lugar de su encuentro con Cristo, ama ese mundo»<sup>29</sup>. Si consideramos la creación redimida y glorificada como *hábitat* escatológico<sup>30</sup>, podemos trasladar algunas de sus cualidades participadas *mutatis mutandis* a este marco actual en el que el hombre y la mujer cristianos intentan encontrarse personalmente con Jesucristo por la *coaptatio* a la que nos referíamos antes<sup>31</sup> en un avanzar esperanzado hacia la recapitulación final.

25. PORTILLO, Á. DEL, «Las profundas raíces de un mensaje», Diario ABC, Madrid 27-VI-1985 (recogido en *Idem, Amar a la Iglesia*, Palabra, Madrid 1986, p. 89).

26. Cfr. Decreto Pontificio sobre el ejercicio heroico de las virtudes del Siervo de Dios Josemaría Escrivá de Balaguer, *Romana* 6-1 (1990).

27. Cfr. HERNÁNDEZ URIGÜEN, R., «Bases para el desarrollo de una estética escatológica», en VV.AA., *Escatología y vida cristiana*, Actas del XXII Simposio Internacional de Teología, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, Pamplona 2002, pp. 659-672.

28. Cfr. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, SAN, Homilía «Amar al mundo apasionadamente», en *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*, Rialp, Madrid 2001, n. 115.

29. *Ibid.*, n. 116.

30. CASCIARO, J.M., *Estudios sobre cristología del Nuevo Testamento*, EUNSA, Pamplona 1982, p. 221.

31. Cfr. los desarrollos teológicos de esta doctrina en RUIZ DE LA PEÑA, J.L., *La Pascua de la creación*, BAC, Madrid 2000, pp.181-1996.



a) *Papel inspirador fundante del Espíritu Santo: movimiento ascendente*

Quien posibilita ese encuentro, en medio de las realidades materiales es el Espíritu Santo. Ese Espíritu permite realizar un *movimiento ascendente*. No se trata para san Josemaría de la tradicional *consecratio mundi* como acción que «viene desde fuera» o que suponga «un descender del templo a la vida», sino del Espíritu Santo que de algún modo *espira* desde los corazones humanos en gracia alabando al Padre en Jesucristo a partir de todas las circunstancias corrientes y materiales de la existencia: «Se trata de un movimiento ascendente que el Espíritu Santo, difundido en nuestros corazones, quiere provocar en el mundo: desde la tierra, hasta la gloria del Señor (...) Os aseguro, hijos míos, que cuando un cristiano desempeña con amor lo más intrascendente de las acciones diarias, aquello rebosa de la trascendencia de Dios»<sup>32</sup>. El movimiento ascendente inspirado por la Tercera Persona de la Trinidad desde el corazón humano podría considerarse acción y diálogo amoroso como respuesta eficaz de la persona redimida que percibe con agradecimiento el Amor incondicionado de Dios.

Esa trascendencia abre actitudes existencialmente metafísicas por las que también la hermosura transforma las rutinas de la cotidianidad en participaciones realizadas del *Pulchrum*.

b) *Una tarea: esfuerzo personal de búsqueda de lo divino en lo ordinario*

Tal descubrimiento de Dios, requiere, por parte del corazón creyente, el esfuerzo de una tarea<sup>33</sup>, una búsqueda para llegar al encuentro de «un algo santo, divino»: «Dios nos espera cada día. Sabedlo bien: hay “un algo” santo, divino, escondido en las situaciones más comunes, que toca a cada uno de vosotros descubrir (...). No hay otro camino, hijos míos: o sabemos encontrar en nuestra vida ordinaria al Señor, o no lo encontraremos nunca. Por eso puedo deciros que necesita nuestra época devolver —a la materia y a las situaciones que parecen más vulgares— su noble y original sentido, ponerlas al servicio del Reino de Dios, espiritualizarlas, haciendo de ellas medio y ocasión de nuestro encuentro continuo con Jesucristo»<sup>34</sup>.

32. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, SAN, Homilía «Amar al mundo apasionadamente», cit., nn. 115-116.

33. Cfr. un desarrollo teológico sobre el papel de la gracia y la naturaleza para este cometido en ARANDA, A., *El bullir de la sangre de Cristo*, Rialp, Madrid, 2000, pp. 269-270.

34. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, SAN, Homilía «Amar al mundo apasionadamente», cit., n. 114.

El cometido de espiritualizar situaciones ordinarias y la materia misma, es tarea de quien inspirado por el Espíritu Santo se atreve a *ser artista*. La materia y la situación *interpelan* a la hija y al hijo de Dios para que en una actitud de profundamente *ecológica* les devuelvan *su noble y original sentido*. Ese *noble y original sentido* estaría en las formas diseñadas por la inteligencia divina desde su absoluta creatividad primitiva. El Reino de Dios, la redención obrada por Cristo alcanza el día a día y rehabilita los más pequeños espacios puestos a su servicio desde la libertad creativa del creyente.

c) *La encarnación del Verbo devuelve su índole cósmica a lo creado: así se recupera todo carácter armónico en la materia*

La inseparabilidad entre vida espiritual y desenvolvimiento entre las realidades materiales alcanzará su plenitud en el Cielo, donde los cuerpos glorificados en su visión beatífica captarán también en la materia la presencia de Dios. Esta doctrina ha sido siempre pacíficamente aceptada en el pensamiento cristiano. Pero, con la misma rotundidad, conviene considerar el misterio de la Encarnación que ya desde su inicio afecta profundamente a toda la materia.

Las armonías que la Redención introdujo en todo nuestro mundo material, haciéndolo de nuevo *cosmos*, como recordaba Juan Pablo II en *Tertio Millennio adveniente*<sup>35</sup>, permiten a los creyentes alentados por el Espíritu Santo descubrir ese «algo santo, divino», por lo tanto, la belleza de Dios, participada por las criaturas en el mundo material. El trabajo, entonces, cualquier trabajo, ofrece dimensiones artísticas, ya que el hijo, la hija de Dios, ha aprendido en el «taller de su Padre» a continuar la obra de la Creación y corredime junto al Hijo Mayor Jesucristo que hace lo que ha visto realizar al Padre<sup>36</sup>.

Para concretar esta dimensión artística detengámonos en una enseñanza de san Josemaría cuando en Burgos subía a la torre de la catedral gótica acompañado de jóvenes para mostrarles en las pequeñas figuras talladas una realización práctica de lo que supone santificar el trabajo: «... acabar la tarea personal con perfección, con belleza, con el primor de estas delicadas blondas de piedra. Comprendían, ante esa realidad que entraba por los ojos, que todo eso era oración, un diálogo hermoso con el Señor. (...) Haz tú lo mismo que aquellos canteros, y tu trabajo será también *operatio Dei*, una labor humana con entrañas y perfiles divinos»<sup>37</sup>.

35. JUAN PABLO II, *Tertio Millennio adveniente*, n. 3.

36. Cfr. ALONSO SCHOEKEL, L., *Dios Padre. Meditaciones bíblicas*, Sal Terrae, Santander 1994, p. 71.

37. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, SAN, *Amigos de Dios*, cit., n. 65.

*Desde el trabajo cotidiano al encuentro con la belleza  
en la seriedad de la tarea*

a) *Quienes se identifican con el Verbo laboran  
con la libertad de los hijos en el Hijo*

La recuperación cósmica de la materia y de las relaciones humanas, su nueva situación de redimidas y su tensión escatológica hacia la gloria final se encuentran anticipadas de algún modo por el que es capaz de contemplar amando mientras actúa. Lo entiende quien experimenta la libertad de las hijas y los hijos de Dios, y, por lo tanto, realiza siempre obras creativas, que liberan de la *vanidad* mentira (de lo que no responde a su noble y original sentido), a la verdad primigenia como *adaequatio* con la Inteligencia de Dios: allí acontece la *manifestación de la gloria* de los redimidos por Cristo que han abandonado la antigua esclavitud<sup>38</sup>. Trabajar con libertad aúna lo lúdico y el placer estético junto con el sufrimiento de la resistencia que la materia y las vías de solución de los problemas humanos plantean a la criatura limitada.

b) *Ese trabajo brota del hontanar del Amor divino  
y se dirige hacia el Amor, manifestándolo en su misma índole  
de realidad laboral*

La audacia de este planteamiento superador de cualquier dicotomía, que mantiene una serena pero apasionada tensión entre el trepidar de las actividades y la continua y calma presencia de Dios, alentada desde esa misma actividad, parte de un núcleo de acción pneumática desde el hondón del creyente, al que ya nos hemos referido. Ya no se trata de la sola perfección técnica, importantísima como manifestación de rectitud ante Dios, servicio profesional para los hombres, y respetuoso reconocimiento de la autonomía –verdad de su consistencia creatural propia– de las realidades temporales, sino que se trasciende desde una fuente de Amor que vivifica todo, completando así el ideal aristotélico en su distinción entre actividades *práxicas* y *poiéticas*. San Josemaría enseña que no se trata sólo de «construir objetos»: «Por eso el hombre no debe limitarse a hacer cosas, a construir objetos. El trabajo nace del amor, manifiesta el amor, se ordena al amor. Reconocemos a Dios no sólo en el espectáculo de la naturaleza, sino también en la experiencia de nuestra propia labor, de nuestro esfuerzo»<sup>39</sup>.

38. Cfr. HERNÁNDEZ URIGÜEN, R., «Hijos en el Hijo hacia la Casa del Padre. Aproximación a lo lúdico como categoría teológica», cit., p. 457.

39. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, SAN, *Es Cristo que pasa*, cit., n. 49.

El trabajo humano inspirado en el hontanar del Amor divino se configura entonces como actividad primordialmente sapiencial: su mirada y actuar amorosos consideran a las criaturas naturales también como valiosas en sí y dignas de un tratamiento que supera los despotismos y explotaciones sobre *materiales carentes de sentido* cuyo único significado se encontrara en la mera utilidad o análisis tecnocrático.

El pensamiento anterior ofrece pistas de lo que ha de ser actitud honda del cristiano transido por el Amor en su laborar. No parecen excluidas, todo lo contrario, las criaturas en esa dinámica amorosa. ¿Cómo no ver abrazada y elevada la materia en ese movimiento ascendente, auténticamente sacerdotal de quien trabaja *desde, en y para* el Amor?

c) *La actitud sapiencial en el trabajo se identifica con la actividad y mirada artística*

Una visión amorosa, contemplativa, transformadora responde, en el fondo, a las características más genuinas del arte: «Todo lo que se hace por Amor adquiere hermosura y se engrandece»<sup>40</sup>.

Además ese amor capaz de descubrir belleza en la actividad está relacionado con tareas aparentemente oscuras e incluso desagradables: «El secreto para dar relieve a lo más humilde, y aun a lo más humillante, es amar»<sup>41</sup>. Toda la recuperación cósmica como orden y belleza de la materia ha sido fruto de la *kénosis* del Verbo que culmina en su glorificación y en la recapitulación final de todas las cosas. La persona que se identifica por la gracia con Jesucristo, colabora a ese hermooseamiento. No se trata de *adornar* extrínsecamente las cosas, sino de configurarlas sólidamente desde las raíces de su naturaleza diseñada por Dios en la creación, y pneumatizada hacia la glorificación final por la actividad del Verbo encarnado. La humildad, como virtud cristiana, permite que ese hermooseamiento surja del interior de los problemas y de las dificultades. El Cordero degollado del Apocalipsis –simultáneamente vivo y degollado– ilumina una ciudad de oro transparente sólidamente fundamentada en piedras duras preciosas y abierta al exterior por puertas hechas de perlas: es una construcción de materia transformada en belleza polícroma y con la consistencia definitiva resistente al desgaste<sup>42</sup>. En la clave hermenéutica cristiana, el dolor acompaña inevitablemente el placer estético de la corredención:

40. Íd., *Camino*, Rialp, Madrid, n. 429.

41. *Ibíd.*, n. 418.

42. Cfr. Ap 5, 6 y ss.; 21, 10-27.

«Considera lo más hermoso y grande de la tierra..., lo que place al entendimiento y a las otras potencias..., y lo que es recreo de la carne y de los sentidos... Y el mundo, y los otros mundos, que brillan en la noche: el Universo entero. –Y eso, junto con todas las locuras del corazón satisfechas..., nada vale, es nada y menos que nada, al lado de ¡este Dios mío! –¡tuyo!– tesoro infinito, margarita preciosísima, humillado, hecho esclavo, anonadado con forma de siervo en el portal donde quiso nacer, en el taller de José, en la Pasión y en la muerte ignominiosa... y en la locura de Amor de la Sagrada Eucaristía»<sup>43</sup>.

Concretando más, san Josemaría, insisto, consideraba en perfecta unidad armónica el binomio trabajo-contemplación: «Nuestra vida es trabajar y rezar, y al revés, rezar y trabajar. Porque llega un momento en que no se saben distinguir estos dos conceptos, esas dos palabras, contemplación y acción, que terminan por significar lo mismo en la mente y en la conciencia»<sup>44</sup>. Y me parece significativo que apoyase esta doctrina, hecha vida, en un texto de la *Suma Teológica* referido al ámbito escatológico: «... cuando de dos cosas una es la razón de la otra, la ocupación del alma en una no impide ni disminuye la ocupación en la otra... y como Dios es aprehendido por los santos como la razón de todo cuanto hacen o conocen, su ocupación en percibir las cosas sensibles, o en contemplar o hacer cualquier otra cosa, en nada les impide la divina contemplación, ni viceversa»<sup>45</sup>. Recordemos que este texto de la *Suma Teológica* corresponde a la cuestión planteada sobre si en la gloria *la impassibilidad excluye de los cuerpos gloriosos que sientan actualmente*<sup>46</sup>. Aunque Escrivá, quizá apoyara su enseñanza en la autoridad del Aquinate citándolo sólo a modo de ejemplo, también podemos suponer que tuviera en cuenta la dimensión escatológica y su influencia actual en quienes se han propuesto unir siempre y en todo, contemplación y acción. Esta doctrina me ha ayudado siempre a comprender mejor un estudio que publiqué en 2002 en el que seguía los pasos de santo Tomás cuando, desarrollando la audaz doctrina agustiniana, afirma la permanencia de una actividad humana perceptivo-sensible en los cuerpos glorificados<sup>47</sup>.

43. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, SAN, *Camino*, cit., n. 432.

44. ÍD., *Carta 9-I-32*, n. 14, cit. en BELDA PLANS, M., «Contemplativos en medio del mundo», cit., p. 336.

45. TOMÁS DE AQUINO, SANTO, *Summa theologiae*, Suppl., q. 82, a. 3, ad 4.

46. El título de ese artículo 4 es «Utrum impassibilitas sensum in actu a corporibus gloriosis excludat», ibíd., Suppl., q. 82, a. 4).

47. HERNÁNDEZ URIGÜEN, R., «Bases para el desarrollo de una estética escatológica», cit., pp. 659-672.

Mons. Álvaro del Portillo, comentaba la enseñanza de san Josemaría sobre la perfección humana del trabajo y su estructuración desde el influjo sobrenatural en estos términos:

«La finalidad sobrenatural no es, por tanto, como un sello que se adhiere exteriormente al trabajo del hombre y que lleva la mercancía –sana o averiada– a su destino sin rozarla siquiera, sin incidir en su calidad intrínseca. La contemplación corrige la acción cada vez que ésta no alcanza el nivel de la dignidad de la persona humana o de la dignidad –aún mayor– de los hijos de Dios; o cuando no sirve para la edificación del Pueblo de Dios.

Esta fuente de la que mana el vivir cotidiano del cristiano y este torrente en el que ininterrumpidamente se baña el amor que busca el Amado por las calles y plazas de la ciudad, por los mares, sembrados y cumbres escarpadas, ensanchan la mente y el corazón»<sup>48</sup>.

d) *El momento estético contemplativo puede acontecer en un lugar insospechado: la cotidianeidad*

Recordemos el texto de la homilía pronunciada por el Fundador de esta Universidad el 8 de octubre de 1967. Rodríguez ha acentuado desde una profunda lectura la importancia de la expresión «verdadero lugar de vuestra vida cristiana»<sup>49</sup> aplicado por san Josemaría a la vida ordinaria: «Lugar tiene aquí, como en otros escritos del Fundador del Opus Dei, un sentido técnico: es una categoría antropológica y teológica que sirve para señalar las coordenadas históricas del encuentro con Cristo y, por tanto, de la existencia humana concreta. Pues bien, lo que Mons. Escrivá nos estaba diciendo es que el *lugar* no es el “templo” –entendido como “fenómeno de la sociología eclesial”–, sino “la vida ordinaria” en su acontecer personal y plurivalente, que el propio predicador desglosa así: “allí donde están vuestros hermanos los hombres, allí donde están vuestras aspiraciones, vuestro trabajo, vuestros amores, allí está el sitio de vuestro encuentro cotidiano con Cristo” (113f)»<sup>50</sup>.

Añadamos el valor y dignidad de la materia, resaltado por san Josemaría en su enseñanza y en esta Homilía frente a las deformaciones de una *desencarnación*<sup>51</sup>. Consideremos cómo se refiere a ese valor de la

48. PORTILLO, Á. DEL, *Amar a la Iglesia*, Palabra, Madrid, 1986, p. 90-91.

49. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, SAN, Homilía «Amar al mundo apasionadamente», cit., n. 113.

50. RODRÍGUEZ, P., «Vivir santamente la vida ordinaria», *Scripta Theologica* XXIV-2 (1992), p. 409.

51. *Ibíd.*, p. 411.

materia como elemento fundamental de los sacramentos, en particular de la Eucaristía en la que Jesucristo se nos entrega «a través de la humilde materia de este mundo»<sup>52</sup>.

Desde una posible estética escatológica, en esa tensión del «ya pero todavía no», la tarea de poner al servicio del Reino de Dios, de espiritualizar la materia<sup>53</sup> supone convertirla en medio de expresión sublime, en lo ordinario: cuidado de las cosas pequeñas, trabajo bien hecho, esmero en los detalles fueron enseñanzas del Fundador del Opus Dei, que nos hablan de un primor artístico en el modo de trabajar y de relacionarse<sup>54</sup>.

La fuente, veíamos antes, es el Amor del Espíritu Santo: «Os aseguro, hijos míos, que cuando un cristiano desempeña con amor lo más intrascendente de las acciones diarias, aquello rebosa de la trascendencia de Dios. Por eso os he repetido, con un repetido martilleo, que la vocación cristiana consiste en hacer endecasílabos de la prosa de cada día. En la línea del horizonte, hijos míos, parecen unirse el cielo y la tierra. Pero no, donde de verdad se juntan es en vuestros corazones, cuando vivís santamente la vida ordinaria»<sup>55</sup>.

El Cielo en el corazón. El fin de la persona humana glorificada anticipado en el presente. La prosa convertida en poesía y además con la expresión más bellamente compleja en su formalidad estética. Todo esto por encima de esteticismos superficiales, ya que san Josemaría se exige en su trabajo, incluso va *a contrapelo*<sup>56</sup> cuando la afectividad no le acompañe ni facilite su trato con el Señor.

52. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, SAN, Homilía «Amar al mundo apasionadamente», cit., n. 115.

53. Cfr. la insistencia de Pablo Blanco sobre la necesidad de lo sensible y la materia para referirse propiamente a una estética: BLANCO, P., *Estética de bolsillo*, Palabra, Madrid 2001, p. 83.

54. Cfr. MAY, W., «Santidad y vida ordinaria», en BELDA, M. (y otros. Traducción de Tomás Melendo), *Santidad y mundo: actas del simposio teológico de estudio en torno a las enseñanzas del beato Josemaría Escrivá* (Roma 12-14 de octubre de 1993), EUNSA, Pamplona 1996, pp. 81-83.

55. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, SAN, Homilía «Amar al mundo apasionadamente», cit., n. 116.

56. En muchos de sus escritos se recoge esta enseñanza alentadora: *Amigos de Dios*, cit., n. 152; o también *Surco*, cit., n. 149 y *Forja*, cit., nn. 51 y 485.